



# EL SECRETO DE LA PALABRA REVELADO POR EL BASCUENCE.



(CONTINUACION)<sup>1</sup>

LOS ORÍGENES, EL VALOR Y EL SIGNADO DE LA CONSONANTE T.

La segunda consonante ó grito articulado que profiere el niño, es la dental *t*, y lo profiere, cuando agujoneado por el hambre, y seguro de recabar de su madre la satisfaccion de aquella necesidad, emite el sonido reproduciendo instintivamente los movimientos mismos que ejecuta en lo que la medicina ha llamado el segundo tiempo de la succion. Obsérvese en prueba de ello, cómo se verifica, y véase tambien que para proferir nosotros dicha consonante *t* cerramos á nuestra vez la boca aproximando los dientes superiores á los inferiores, (como el niño aproxima sus encías), adelantamos la extremidad de nuestra lengua y la colocamos entre los dientes, (como aquel entre las encías), y sobre el velo del paladar (en la misma forma que el niño); y comprimiéndola ligeramente contra estos órganos, emitimos el sonido, al mismo tiempo que retiramos la lengua con cierta prontitud y abrimos

---

(1) Véase pág. 471 del tomo XXIII.

la boca, de tal modo y en tal forma, que sin imaginarnos reproducimos con rara fidelidad los movimientos que ejecuta el niño en lo que se ha llamado el segundo tiempo de la succion, como cualquiera puede comprobarlo por sí mismo sin más que emitir dicho sonido, siendo de extrañar que el lingüista no se haya fijado en este sencillo hecho cuyo conocimiento debemos á nuestro inolvidable Astarloa.

Compréndese por estas explicaciones que la consonante *t*, es la expresion en el sonido de la mímica del segundo tiempo de la succion, y su complemento obligado y necesario; y es, además, la onomatopeya del sonido *ti-ti*, que el alma del niño percibe en aquel acto, como así nos lo hizo saber el mismo Astarloa. Díganme, pues, los que ridiculizan á este nuestro lingüista, y aquellos otros que no alcanzan á comprender que el language humano sea una perpetua onomatopeya de los sonidos que el alma del hombre percibe en el universo creado que es el lenguaje de Dios, qué es, y qué representa aquella mímica, sino el conjunto de los movimientos reflejos que determinó en el niño la sensacion del hambre; movimientos de los que dicho sonido forma una parte integrante y constitutiva. Luego si esto es cierto, como en efecto lo es, la consonante *t* es una interjeccion, y por ser tal, su significado ha debido ser comprendido por la madre, apenas ha sido emitida por el niño; y esta interjeccion es, además, la expresion de una sensacion, el hambre; y el grito con el que el niño demandó de su madre el alimento de que necesitaba, siendo por ella comprendido. Y las voces ó gritos con que en el language usual y corriente pedimos una cosa dada y bien determinada, ¿qué son, sino el nombre mismo de la cosa pedida? Luego segun esto, dicha consonante *t*, ha de ser por necesidad lógica, y porque así lo ha establecido la naturaleza, la característica y el nombre del alimento pedido, el pecho de la madre, y por extension de significado, de la glándula en que aquel se elabora. Y en efecto, así lo acreditan la voz euskara *titi*, tan gráfica como expresiva; la castellana *teta*; la francesa *tette*; la italiana *tetta*; la galeica *teth*; la bretona *tez*, *tec'h*; la griega *téthé*; la sanscrita *dha=tha* (mamar), etc.

Luego, segun esto, la consonante *t* es: 1.º, el segundo grito articulado que profiere el niño; 2.º, la onomatopeya del segundo tiempo de la succion; 3.º, la expresion de la sensacion del hambre; 4.º, el grito con el que el niño demanda de su madre el alimento que necesita; 5.º, el nombre de este alimento y de la glándula en que se elabora. Pues bien; recordará el lector que la consonante *m*, de que nos

hemos ocupado tan extensamente en otro lugar de esta Revista, es por su parte: 1.º, el primer grito articulado que profiere el niño; 2.º, la onomatopeya del primer tiempo de la succion; 3.º, la expresion de la misma sensacion, el hambre; 4.º, el grito con el que el niño demanda de su madre el alimento que necesita; y 5.º el nombre de este alimento y de la glándula en que se elabora, como así lo demuestran la voz castellana *mama*, la greco-latina *mamma*, y demás que expusimos entonces. Luego es evidente, que entre estos dos gritos *m* y *t*, que reunidos componen y completan la onomatopeya de la succion, existen muchas y muy marcadas afinidades; mas tambien es cierto que estas afinidades, por acentuadas que sean, no alcanzan á borrar las diferencias que los separan. Y entiéndase bien que este paralelo, léjos de ser nuestro, ha sido, por el contrario, establecido por la misma lengua, al hacer de la consonante *m* la característica y el nombre de la madre, llamada *ma*, *ama* (véase en su lugar); y de la *t*, la característica y el nombre del padre, llamado *ta*, *ata*.

Hay además otras razones que vienen á corroborar nuestras ideas y doctrina.

En efecto, la consonante *m*, aparece en la primera infancia, y en esta época el niño, cuyo organismo no se ha consolidado, y cuyos afectos é inteligencia permanecen dormidos, no conoce el valor de los gritos que emite, ni siente deseos, ni tiene voliciones, ni conoce á su madre; de modo que por la edad en que ha sido proferida, y de la que es característica, dicha consonante *m* es un grito pasivo nacido en la sensibilidad; y la sensibilidad es la característica de la mujer, como la inteligencia y la voluntad lo son del hombre; y dicho grito pasivo es además la expresion de una necesidad material, el hambre, y el primer llamamiento de la naturaleza á la maternidad; y la maternidad es tambien la característica de la madre; de donde se infiere que aquella consonante *m*, es, de hecho, la onomatopeya característica de la madre, considerada lo mismo bajo su aspecto físico y orgánico, que bajo su aspecto moral y psicológico. Y la madre fué llamada *ma*, *ama* con aquel grito natural que es entre los proferidos por el hijo la mejor onomatopeya de su persona. Véase lo que dijimos al tratar de este primer grito articulado que profiere el niño.

Por el contrario, la consonante *t*, señala y marca la entrada en la segunda infancia, y en esta edad el niño, cuyo organismo va consolidándose, y cuyos afectos é inteligencia comienzan á despertarse, co-

noce el valor de los gritos que emite, siente deseos, tiene voliciones, conoce á su madre y la quiere, y últimamente sabe que aquel grito *t*, emitido por él y comprendido por su madre, es el signo de su fuerza, la nota de su actividad, de su inteligencia y de su voluntad, y la expresion además del cariño tierno y apasionado que profesa á su madre, cuyo amor ha comprendido, y cuya voluntad sabe que posee. Y como la inteligencia, la actividad y la voluntad unidas á un cariño tierno y apasionado por su familia, son los atributos del padre, resulta que aquella consonante *t* es la onomatopeya característica del padre, considerado, así en su físico, como en su moral.

La madre, á cuya perspicacia nada escapa, ha visto, pues, en aquel grito el retrato mismo de su compañero y esposo; y como la madre es la institutriz primera de su hijo, la que educa su corazón, y forma su inteligencia, enseñará á este á personificar las cualidades que advierte en su grito *t* en el sujeto que las posee; y el padre, el protector de la familia, el hombre fuerte y robusto como aquel grito, inteligente y activo, como el niño, imperioso por su naturaleza, como la voluntad naciente de este, pero tierno y cariñoso para su mujer é hijos, como el niño para su madre, será llamado *ta*, *ata*, con el grito natural que es, entre los proferidos por el niño, la mejor onomatopeya de su persona, como así lo acredita la siguiente lista que extractamos de los *Discursos Filosóficos* de nuestro antecesor Astarloa.

La lengua bascongada, dice el citado lingüista, llama *aita* al padre; la goda *atta*; la frisia *haita*; la irlandesa *athar*; la epirota *ate*, *atti*; la albanesa *aat*; la húngara *atja*; la yucataná *aibit*; la grantámica *tata*; la poconqui *tat*; la biletá *tate*; la moja *tataija*; la toba *taa*; la mejicana *talli*; la onomita *tei*; y nótese que en esta lista apenas figuran otras lenguas que las aglutinantes consideradas como anteriores á las inflexivas; pero hay que agregar á ellas las siguientes que designan á aquellas personas que, por su sangre ó por la ley, ejercen los oficios de padres y protectores de la familia: tales son las castellanas *tio*, *tutor*, *tutela*; las francesas *tante*, *tuteur*, *tutelle*; las italianas *tutore*, *tutella*; la lituana *tetta* (*tia*); la rusa *tetka* (id.); antiguo alemán *thia* (id.); las latinas *thius*, *tutor*, *tueri*, *tutus*; las griegas *theios* (tio), *theos* (Dios); las sanscritas *tay* (defender, honrar), *tata* (matrona), *tatas*, *tatagus* (tio), etc.

Ahora bien; aquella consonante *t*, nota de acción y de sujeto activo en el lenguaje natural del hombre, y característica del varón y padre de familia, principio activo dentro de la doble personalidad hu-

mana, es en la gramática euskara, hija primogénita de la gramática primitiva, la característica de sujeto agente de la primera persona de singular del presente de indicativo en todas nuestras oraciones activas; y es en el latín, hijo del bascuence, la característica de sujeto agente de las terceras personas en todos sus tiempos y en todas sus oraciones; y las terminaciones en *t* y *nt*, de estas terceras personas, se corresponden con las terminaciones de las mismas segundas personas en *tai*, *ti*, *to* del griego; y con las en *te*, *ti*, *tas* del sanscrito; según así nos lo dicen los lingüistas.

Ej.: *do-t* (lo he yo); *do-zu* (lo habeis vosotros); *deua-t* (te lo he yo, á ti, varon); *deua-gu* (te lo hemos nosotros, á ti varon). En estos ejemplos se ve que los pronombres *gu* (nosotros) y *zu* (vosotros) que figuran como pronombres pacientes en el paradigma de nuestra declinacion y como voces libres, pierden, sin embargo, su propio carácter para adquirir el de sujetos agentes, y este cambio notabilísimo no puede menos de ser debido á la influencia que por su posicion ejerce sobre ellos el subfijo de la primera persona *t* que es, por esta razon, el que imprime á las demás su propio carácter: lat. *ama-t* (ama él); *ama-n-t* (aman ellos); la consonante *t* marca el sujeto, la *m* la pluralidad, y debe este signado á que en el lenguaje natural dicha consonante *ene* (de mí), *ai ene* (ay de mí), es una de las onomatopeyas de la mujer destinada por la naturaleza á pluralizar la especie: por esta razon dicha consonante es asimismo nota de pluralidad, según creo, en la lengua alemana; y por esta razon tambien la mujer se llama *n* en el verbo familiar euskaro y entre los iroqueses y algonquinos. (Véase Vinson). Ej.: *entzui-k* (oye, varon); *entzui-n* (oye, mujer); *neska* (mujer, muchacha); lat. *nonna* (madre), *nimphae*, *nereydes*, etc. Zaborowuzki dice en su obra *Origine du langage* que la mujer se llama *ne*, *ni*, *na*, *nini*, *nina* en muchas lenguas africanas. De ello nos ocuparemos más adelante.

Unida dicha consonante *t* á la vocal encomiástica *u*, ha formado el monosilabo *tu*, y este monosilabo es la partícula verbal á cuyo favor convierte el bascuence todas sus voces en otros tantos verbos; y aquel monosilabo modificado en *to*, y antepuesto al verbo, es asimismo la partícula verbal del verbo inglés, que es tambien lengua ariana: ej.: *neure* (mio), *neuretu* (hacer mio); *eure* (tuyo), *euretu* (hacerlo tuyo); *gichi* (poco), *gichi-tu* (aminorarse, hacerse ó reducirse á poco); *urrin* (lêjos) *urrin-du* (hacerse lêjos, alejarse).

Si, pues, tenemos en cuenta que el participio pasado y el infinitivo son en el bascuence una sola y una misma voz, habremos de convenir que en nuestro infinitivo debemos hallar la razon y el origen del participio latino en *tu-s*, que segun el testimonio del mismo lingüista, se corresponde con los adjetivos verbales en *tos*, y *teos*, del griego, y con el participio pasivo en *ta*, del sanscrito; como debemos convenir en que estos participios han sido un dia los infinitivos de sus respectivas lenguas; y que la partícula dicha *tu* ha formado estos infinitivos, lo mismo que hoy sucede en el euskara. Ej.: *ama* (madre, amor), *amatu* (hacerse madre, amar); *amatu*, participio de pretérito; lat. *ama-tu-s*, *ama-t-a*, *ama-tu-m*; *argi* (luz), *argi-tu* (hacer luz, esclarecer); *argitu*, participio de pretérito; lat. *argu-tu-s*, *argu-t-a*, *argu-tu-m*; *joka* (juego), y lit. á tocar ó pegar (en el blanco); *jokatu* (jugar); participio de pretérito *jokatu* (jugado); lat. *joca-tu-s*, *joca-t-a*, *joca-tu-m*; *zerra* (sierra) y lit. lo que desmenuza; *se*, partícula de separacion en el latin: *ze*, *zeia* (lo menudito y muy dividido) en bascuence; *zerra-tu* (aserrar), participio de pretérito, *zerratu* (aserrado); lat. *serra-tu-s*, *serra-t-a*, *serra-tu-m*; gerundio *amatu-rik* (en amando); lat. *amatu-ru-s*, *amatu-r-a*, *amatu-ru-m*; *zerratu-rik* (en serrando); lat. *serratu-ru-s*, *serratu-r-a*, *serratu-ru-m*, etc. En estos ejemplos se ve que el participio latino es en resumen el euskaro dotado de las terminaciones *s*, *a*, *m*, indicadoras del género, desconocido en el bascuence. El imperativo se forma en el bascuence del infinitivo unido al pronombre *tú* y *vosotros*; y en el latin del participio que fué un dia su infinitivo: ej.: *amatu-ik* (ama tú); lat. *amatu=amato* (ama tú); *tokatu-ik* (juega tú); latin *jocatu=jocato*: la partícula *te* es signo de plural en nuestro verbo: ejemplo: *du* (él lo ha); *du-te* (ellos lo han): lat. *jocato* (juega); *jocato-te* (jugad vosotros), etc.

JOSÉ DE GUIASOLA.

(Se continuará)

